

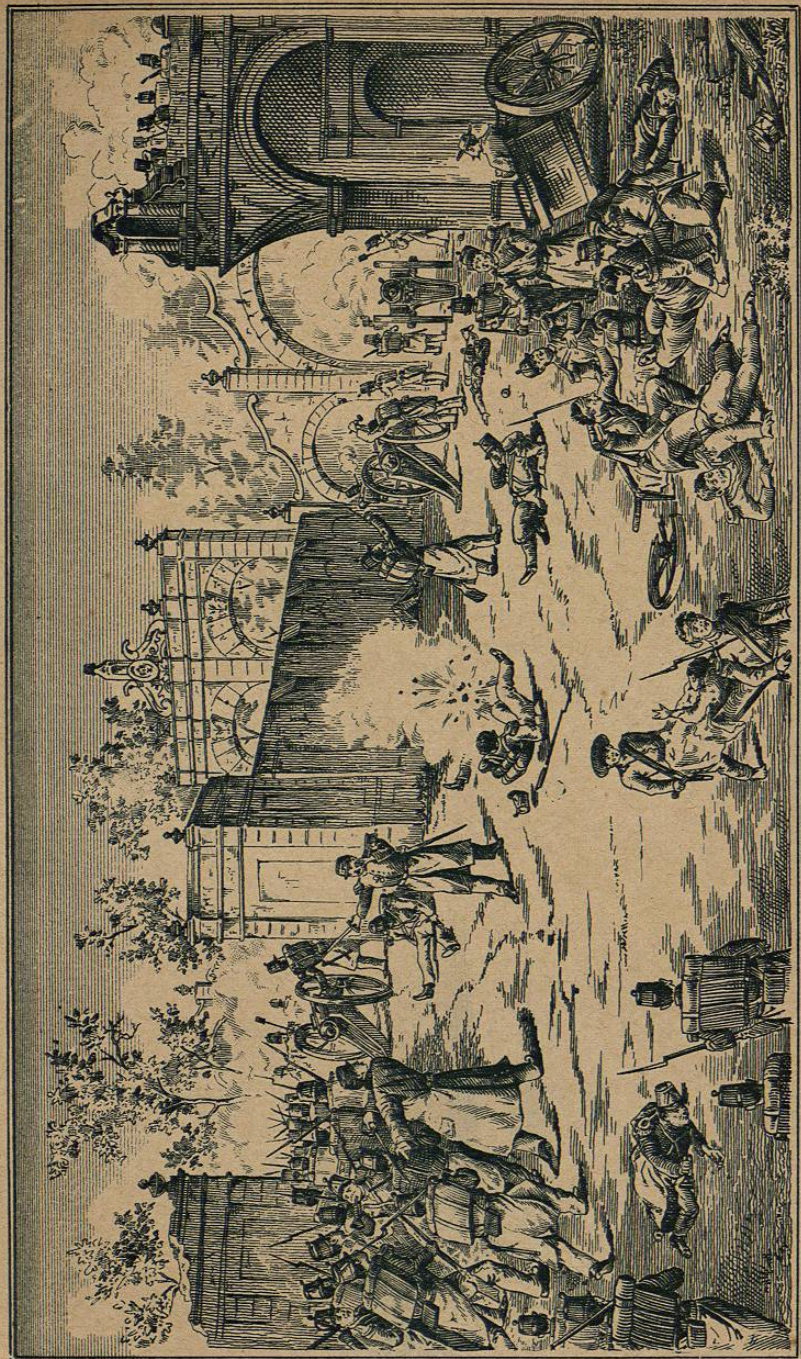
GRANDE
Y DELEITOSO ROMANCE DEL
YANKEE ENAMORADO.

RETRATO

Era un yankee como todos,
Tez blanca, nariz aguda,
Tieso cual barra de fierro,
Todo él terminando en puntas,
Barnizados los carrillos
Cual con vermellón ó púrpura,
Y narices, boca y barba
Al parecer se le juntan,
Para dar á su semblante
De la zorra la figura;
Como tallada en su cráneo
Le corona la cachucha,
De paño azul tiene el forro
Desde el cuello sin arrugas,
Y unos pies que recordaban
El casco de una chalupa.
Etico frisón montaba
Que á juzgarse por su altura
Se hizo para que no baje
El que á su lomo se suba.
Era citarilla el cuello,
Su cuerpo era una angostura,
Y eran delgados puntales
Sus cuatro patas enjutas;
Pero un genio de los diablos
Que estaba en perpetua pugna
Con el jinete bilioso
Que le sustenta y educa.
Si arriendan á la derecha,
La izquierda obstinado busca;

Y si le indican lo recto
Sigue rabioso la curva;
Si le hacen trotar se atranca,
Si galopar con bravura,
Corre como desbocado
Y cuanto encuentra derrumba.
El yankee está enamorado
De una divina hermosura
Que en Bucareli aparece,
Y con sonrisas le adula.
El yankee ardiente la sigue,
Tras su coche se apresura,
Pero el caballo se opone
Y ó corre y su intento frustra,
O se arma, y del acicate
Y del látigo se burla,
Tornando guerra ridícula,
Los rigores y la angustia.
Así pasan muchas tardes
En la tremebunda lucha;
La chica muy divertida,
El de rabia echando espuma.
Hasta que ardiendo una tarde
Por expresar su ternura
Pensó al coche avalanzarse,
Y aunque con maneras pulcras,
Dar á la dama una carta
Para quitarse de dudas.
Llega la dama: á su *cuaco*
Siguiendo al carruaje apura;
Pero el caballo se atranca,
Mármol se torna y chiluca;
La niña pasa y repasa,
Y él en la misma postura
Es escarnio de mirones
Que con su gesto le insultan,
Entonces espera á la niña;
Con calma y sin prisa brusca,
Sacó de Colts la pistola
Y la disparó en la nuca
Del maldecido caballo
Verdugo de sus venturas.
Al cadáver del caballo
Quitó el freno y la montura,
Y se los hecho á la espalda

Con indiferencia suma.
Esperóse á que pasara
La bella que lo subyuga
Y con un adiós helado
Ante su vista se ofusca
Diciendo: estas mexicanas
Son bonitas, pero brutas.



MEXICO.

L.T. DEL TIMBRE

COMBATE EN LA GARITA DE BELEM

1847.

VERIDICO DESAFIO.
—

Era una hermosa botica
Del centro de la ciudad;
Por lo aseada y por lo rica
Gala de la vecindad.

Y era un quieto propietario,
Un patriota vergonzante
De muncha treta y aguante
Como viejo boticario.

Teniendo consumidores
Entre moros y cristianos,
Amando á los mexicanos,
Odiando á los invasores.

Pero igual en apariencia
En asuntos de interés,
A los unos dice: *yes*,
Y á otros muy quedo: *paciencia*.

Era de su casa apero
Un portugués matachín;
En el trato un puerco espín,
Desvergonzado y grosero.

Pero amaba con pasión
La tierra que entre sus criollos
Contaba tiernos pimpollos
Hijos de su corazón.

Mirar un yankee el patán
Era un insulto, un agravio,
Y echaba chispas su labio
Como lava de volcán.

Agotaba el diccionario
De no escritas picardías;
A veces con agonías
Del prudente boticario.

Cierta vez, era domingo,
Entró á la botica un gringo
Y desgarbado y grotesco
Pidió sediento un refresco.

El hijo de Portugal,
Dijo hablando para sí
¿Para qué vienes aquí?
¡Oh! quién te abriera en canal!

Por supuesto ese liviano
Se confiaba y con razón
En que aquel nieto de Albión
No entendía el castellano.

Y á la vez que preparaba
El amigo á su marchante
El ansiado refrescante,
Él ardiendo blasfemaba.

—Agréguele usted cianuro,
Póngale usted rejalgar
O al menos para endulzar
Unos chorros de yoduro.

Mírele usted que nariz,
Que no es nariz es un pico,
Si revienta ese borrico,
No dudo, lo hace feliz.

Bebió el gringo el temperante
Y calculándolo escaso,
Por señas pidió otro vaso,
Y otro, y otro del calmante.

Dele á ese yankee voraz
En vez de dulce estricnina,
¿Para qué hay en la oficina
En cántaros aguarrás?

Y el portugués con jactancia
Mostraba su saña fiera
Como si el yankee estuviera
A mil leguas de distancia.

Cesó el yankee de beber,
Y en correcto castellano
Dijo al bravo lusitano:
Señor, quisiera saber,

¿Por qué me quiere tan mal?
¿Qué consigue y á qué viene
Que su amigo me envenene
Con abuso criminal?

A pique de un patatuz
Se puso aquel fanfarrón,
Negó su mala intención,
Y al yankee puso la cruz.

Nos veremos en la tarde,
Aquí tiene mi tarjeta,
Si mi cita no le peta
Le tendré por un cobarde.

¡Cobarde! ¡por Lucifer!
Que yo cobarde no soy,
Pero á esas citas no voy:
Yo tengo mucho que hacer.

Soy hombre muy ocupado,
Sólo atiando á mi interés,
Para barrido ó fregado
No entiendo jota de inglés.

Y después de cierto rato
Viendo alejar al *godeme*
Dijo: está visto, me teme,
No sé como no lo mato.

ROMANCE PELAGARCERO

Y DE

ESPECTACIVA INQUIETA DE QUERETARO.

Como en estrecha hondonada
 Se agitan y se revuelven
 Las aguas que de la altura
 Se precipitan hirvientes,
 Así á Querétaro llegan
 De todas partes las gentes;
 Los de la Sierra en parvadas,
 Los de México en tropeles,
 Los próceres en carruajes,
 En rocines los donceles
 Y los plebeyos cuitados,
 Dando tumbos y traspieses
 Llevando en brazos los niños
 A lado de las mujeres,
 Vendedores ambulantes,
 Gañanes cargando muebles,
 Y carabanas de burros
 Con ridículos jinetes
 De botín y de levita,
 Con varita y con sorbete.
 En las plazas y en las calles
 Desembocaba el torrente;
 Unos, tiendas y figones,
 Invasores acometen,
 Mientras otros alborotan
 En los mesones y hoteles,
 Y otros, plazas y portales,
 Habilitaban de albergue.
 Desde la plaza de arriba
 Hasta la de abajo hirviente

Se despeñaba el tumulto,
 Y empujándose la plebe,
 Gritos, silbidos, guitarras,
 Cantos y risas ardientes
 Alzaban ruido tremendo
 Que iba lejano á perderse.
 El *bis. bis*, los *carcamanes*,
 El *perro con cascabeles*
 Y otros juegos populares
 Brindaban bolas alegres
 Ya sobre toscas frazadas
 Ya sobre mesas enclenques.
 En tanto, en una amplia casa,
 Se alojaba al Presidente,
 Que era el grande Peña y Peña
 Por mandato de las leyes.
 Era augusta su figura,
 Y algo de noble y solemne
 Se miraba en su semblante
 Taciturno é imponente,
 Como de un gótico templo
 La adusta fachada vése,
 Como entrada de un misterio
 Que nadie á inquirir se atreve.
 Allí Don Luis de la Rosa
 Entre libros y expedientes,
 Como universal ministro
 Los árdios casos resuelve,
 Entre tragín de soldados
 Y entre entrantes y salientes.
 Allí la faz volteriana
 De Zarco, riendo aparece;
 Y Prieto hilvana legajos
 En pura prosa pedestre.
 En el convento del Carmen
 Reunión activa sostienen
 Lacunza y Lafragua unidos,
 Que audaces la paz defienden,
 Y de egoistas y de mochos
 Sendos regalos les llueven.
 La mansión de Otero brilla
 Por convidados alegres,
 Entusiastas por la guerra
 Confiados comen y beben.
 Pero en todo dominaba

Los ánimos de la gente,
 El problema que el Congreso
 Tiene en sus manos pendiente
 De si aprueba los tratados
 O la guerra se sostiene.
 Unos ensalzan del yankee
 La pujanza omnipotente,
 Y dicen: contra titanes
 No es posible sostenerse.
 Y eran viles cortesanos
 Que hondas congojas padecen
 Por la ausencia de los goces
 Que en la hermosa ciudad tienen.
 Otros lanzando centellas
 Las batallas apetece
 Y matan de ciento en ciento
 Con un soplo á los *godemes*;
 Bombas, asaltos, degüellos
 De los grupos se desprenden,
 Entre el humo del cigarro
 Y el olor del aguardiente.
 La casa de diligencias
 En altos próceres hierve:
 Pedraza, Godoy, Cardoso,
 En discursos elocuentes,
 De la paz y de la guerra
 El pro y el contra sostienen.
 Pero está abierto el Congreso
 Y la discusión fenece;
 Cesa el ruido de las calles,
 Silencio impera solemne,
 Y las plazas y mercados
 En desiertos se convierten.

1895.

ROMANÇE DE SORPRESA

EN QUE SE PRUEBA,

QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

I.

En silencio está el Congreso
 Y de pie los diputados
 Esperando la protesta
 De un representante extraño,
 Cura del Paso del Norte,
 Por su virtud afamado,
 El cabello como de oro,
 Su tez como de alabastro,
 Los ojos de azul de cielo
 Modestos y sosegados;
 Vestía negra levita,
 El alzacuello ajustado,
 Sin bastón, sin distinciones
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso
 A un mi amigo su paisano.
 Ese humilde sacerdote
 Es de virtudes dechado,
 Héroe por el patriotismo,
 Por sus costumbres un santo:
 Es delicia de los niños,
 Es de los pobres amparo,
 De las vírgenes escudo,
 De los que sufren descanso;
 Viste en su tierra sencillo
 Como los hombres del campo,
 Ni sobrinas ni parientes
 Habitan en su curato,
 Al enfermo tierno asiste,
 Sin cuidarse de su rango;